

Desde la calle

M. CARME COMAS DEJA IMÁGENES DE LA VIRGEN EN LAS CIMAS DE LAS MONTAÑAS

«La Virgen me acompaña siempre por las montañas»

Samuel Gutiérrez

«En la montaña, ¡la presencia de Dios es tan evidente!» Ésta es la experiencia de la vicense M. Carme Comas, que desde hace algunos años se dedica a dejar imágenes de la Virgen en la cima de las montañas. Incluso en el Nepal, a 8.000 metros de altura, donde dejó en 2011 una imagen de la Virgen de Nuria. «En la montaña —asegura— es fácil vivir la experiencia de Dios y alabarla con toda el alma por la belleza de la Creación.»

¿Cómo nació tu afición a la montaña?

La afición me viene de pequeña. Nací en el campo, en el Prepirineo, me enamoré de la montaña casi por fuerza. Sin querer se convirtió en una pasión y ahora es oxígeno, para los pulmones y para el alma.

El cardenal Ricard M. Carles hablaba a menudo de la fe empleando la imagen de la ascensión a la montaña...

Sí, es una imagen muy visual. Cuando subes tu primera montaña, o colina, alcanzas la cima muy contento. Y decides que ha costado mucho, pero que si perseveras quizá podrás subir otra un poco más alta. Y después, más alta. Cada vez es más inclinada, más pedregosa, más fría, con más días de soledad, ratos de duda y ganas de abandonar. Pero siempre, siempre hay «alguien» que te ayuda a seguir mirando hacia la cima. Mi experiencia en la fe también es la de una gran ascensión, cada vez más exigente, pero también más gratificante; con mayor soledad, pero también con mayor presencia.

¿Desde cuándo dejas imágenes de la Virgen en las cumbres que vas completando?

No hace mucho. Cuando decidí ir en 2011 al Manaslu, en el Nepal, un



compañero de trabajo, Josep, que también es un enamorado de la Virgen y en su tiempo libre hace imágenes de la Virgen de Nuria, me pidió si podía dejar una en la cima del Manaslu. ¡Casualmente la Virgen de Nuria es la que siempre me acompaña por las montañas! Ella está acostumbrada al frío, al mal tiempo y hacemos un buen equipo. Pero nunca había dejado una imagen suya. En el Manaslu fue la primera vez. Lo consideré tan bonito que desde entonces lo he seguido haciendo. En el Puigmal, el Carlit o la Pica d'Estats, por ejemplo, ya hay una imagen de la Reina de la Paz.

¿Qué experiencia, dejar la Virgen a 8.000 metros de altura!

Sí. Cuando estaba en el Manaslu, antes de dejar el campo base para ir hacia la cima, realizamos una pequeña ceremonia pidiendo a la Virgen que nos guiara, nos protegiera y nos diera la

capacidad de discernir en caso de que tuviéramos que elegir entre ascender o descender. Cuando acabamos la ceremonia, se me acercó uno de los sherpas de nuestra expedición y me preguntó: «¿Quién es esta señora?» Yo le dije: «Es la Madre de mi Dios.» Reflexionó unos momentos y dijo: «¡Qué bonito! ¡Nunca había pensado que nuestros dioses tuvieran una madre!» Y se fue, contento, pensando en la Madre del nuestro y de sus dioses.

¿Qué representa para ti la Virgen?

Es mi Madre, bueno, es la de todos, pero yo me siento muy mimada. Desde que la conocí de verdad, un día en Medjugorje, hace algunos años, siempre la he sentido a mi lado, con esa dulzura que sólo tiene una madre. Es mi consejo, mi consuelo, y también el puente que me ha llevado hacia Jesús.

Pensándolo mejor



Francesc Riu,
salesiano
Presidente de la
Fundación Rinaldi
friu@edebe.net

Aprender a dialogar

El papa Francisco sigue sorprendiendo. Tiene una rara habilidad que le permite establecer una relación cercana con las personas, de cualquier edad y condición, de todas las culturas. A partir de la situación en la que se encuentra cada persona o cada grupo, él enseguida sabe crear un clima de relación espontánea. Pondré un ejemplo.

Un día del pasado mes de agosto mantuvo un encuentro con un grupo de jóvenes de una escuela japonesa que visitaban la ciudad de Roma y consiguieron que el Papa les recibiera. Yo no sabría cómo empezar ni qué podría decirles que fuera de su interés. Esto no fue problema para el papa Francisco. Les dijo: «Deseo que este viaje os sea muy provechoso, porque *conocer a otras personas y otras culturas siempre es útil, nos hace crecer*. Y eso, ¿por qué? Porque si nosotros nos aislamos y nos limitamos a mantener lo que ya tenemos, no podremos crecer culturalmente; en cambio, si salimos a encontramos con otras personas, otras culturas, otras maneras de pensar, otras religiones, salimos de nosotros mismos e iniciamos aquella aventura tan hermosa denominada *diálogo*».

A partir de aquí, el Papa les explicó que «el diálogo es muy importante para la propia madurez, porque en el diálogo con otra persona, en el diálogo con otras culturas, incluso con otras religiones, nosotros crecemos: crecemos y maduramos». Con esta manera de pensar sobre el diálogo, el papa Francisco ha justificado que, en las escuelas cristianas, los profesores deben ayudar a los alumnos a ser *competentes en el diálogo intercultural*, porque hoy en día estas escuelas son una encrucijada donde se encuentran personas de razas, culturas y religiones diferentes, y todas deben aprender a dialogar, en el respeto a las diferentes maneras de pensar. Sin personas dialogantes, la sociedad multicultural puede poner en riesgo la convivencia y la cohesión social. Por eso, en el amplio abanico de las *competencias sociales y cívicas*, el proyecto educativo de toda escuela cristiana debe incluir, necesariamente, la *competencia para el diálogo intercultural*. A partir de un documento de la Congregación para la Educación Católica, he preparado un *recurso formativo* que pongo a disposición de los lectores que tengan interés en estudiar más a fondo esta cuestión.

Arrebato

La princesa liberada

El dragón se apoderó de la princesa, que quedó encadenada en el fondo de la cueva. Prisionera del monstruo, la princesa está inmersa en la oscuridad. El dragón es demasiado fuerte y ella, por más voluntad que le ponga, con la debilidad que le es natural no se puede enfrentarse a él. Si, por azar, lograra alguna victoria, sería efímera. En este estado la princesa poco a poco toma conciencia de la situación: ella misma, débil, no se puede liberar de unas cadenas tan fuertes. Se da cuenta de su impotencia y la reconoce sinceramente como nunca lo había hecho antes. Entonces, rebajada, vierte muchas lágrimas de dolor. Pero no se hunde, sino

que siempre mantiene sus ojos fijos en la luz que viene de la entrada de la cueva, de donde confía que le venga su salvador. Este gran acto de rebajamiento y de confianza, un profundo grito que nace del corazón contrito de la princesa, es lo que con indescriptible deleite esperaba san Jorge. Sólo este acto hace posible que el caballero se enfrente al dragón, lo venza y, sin matarlo, lo domestique hasta hacerlo semejante a un dócil cordero. Entonces san Jorge entra en la cueva, rompe las cadenas y libera a la princesa, que con una correa de seda, fina y resistente, puede conducir al dragón. Ella, completamente cautivada, se funde en un abrazo de amor con su salvador.



Eduard
Brufau